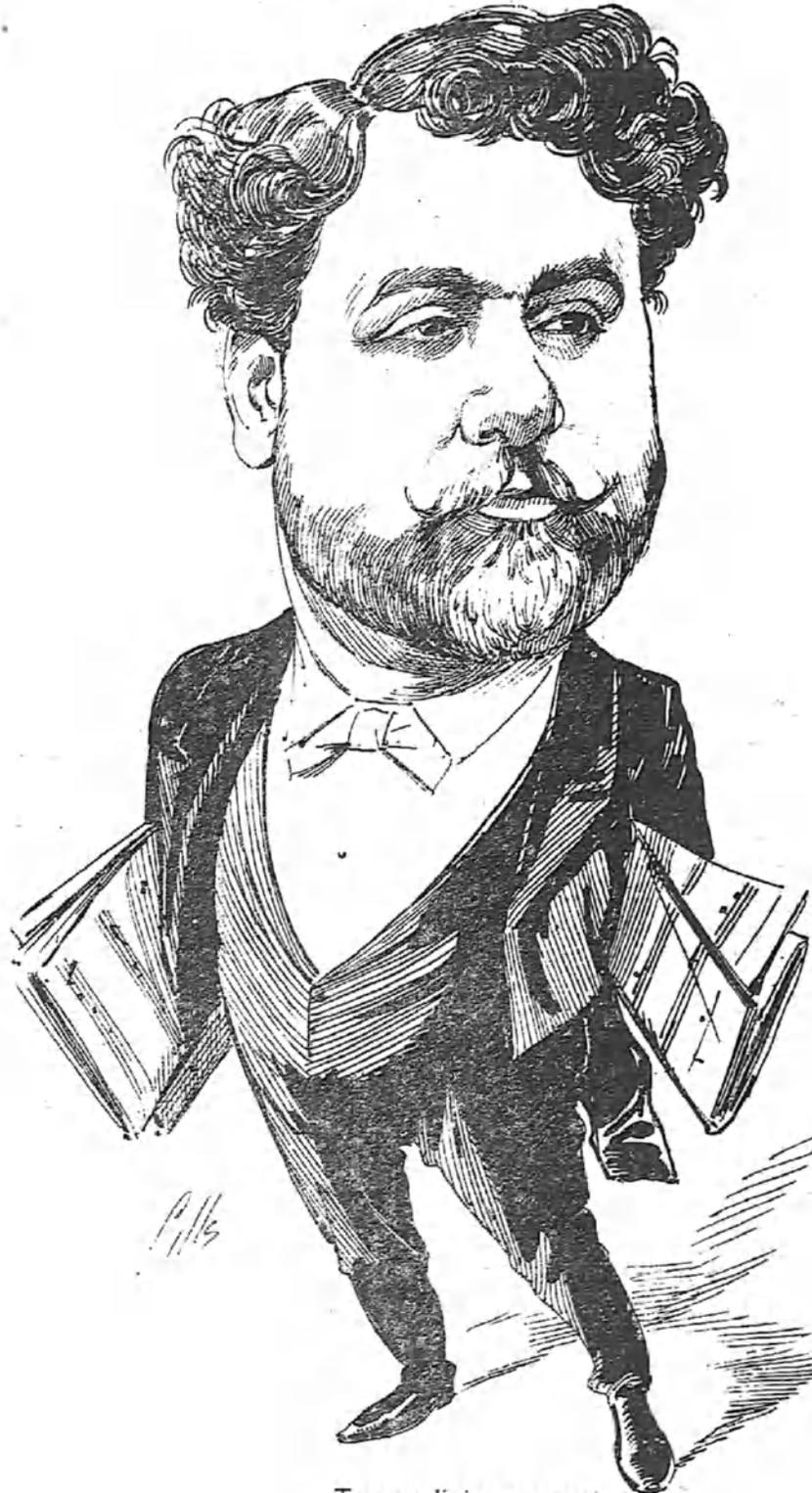




Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ISAAC ALBÉNIZ



Tan prodigiosa armonía
sabe arrancar al piano,
que cualquiera pensaría
que tiene la poesía
en los dedos de la mano.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Granos, por Eduardo Bestilla.—Desde el pueblo, por Fernando Manzano.—Palique, por Clarín.—A Luis Taboada, por José Estremera.—Amorosa, por Sinesio Delgado.—Biografías, por Manuel Matase.—La medalla, por Ricardo J. Catinón.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Isaac Albéniz.—El verbo ver.—Variaciones, por Cilla.



Dicen que la viruela continúa haciendo estragos en esta capital.

Es muy posible, porque hemos preguntado por algunos amigos y nadie ha sabido explicarnos su ausencia.

—Hombre, ¿y Fulano?

—No sabemos. Puede que ande por el mundo con Peral, ó que haya ido á ver la botadura del crucero, ó que esté con las viruelas.

La mayor parte de los variolosos pasan la enfermedad en el mayor secreto, porque creen que es humillante eso de tener la cara llena de garbanzos, y cuando reaparecen en sociedad y se les pregunta qué es aquello, suelen responder con la mayor naturalidad del mundo:

—Esto de la cara me ha salido la otra noche, estando de conversación en Felipe con un segundo apunte. Debe de ser fuego.

El caso es que nadie quiere declarar ser varioloso públicamente, como si tuviera algo de particular que á un hombre le salgan erupciones. Las hay que hasta hermosean el rostro, y aún no hace muchos días hemos visto á un sujeto con cinco ó seis granos en la faz, que le sentaban divinamente.

—¡Caramba!—le dijimos.—¿Dónde se ha hecho usted con esos granos?

Y él nos contestó con cierto orgullo:

—Éstos los he traído del Sardinero. El médico dice que tome zarzaparrilla, pero no he querido.

—Hace usted bien, porque son muy hermosos.

Para grano bonito uno que tiene D. Eulogio, el procurador, en la parte baja de la nariz. Dice él que es hereditario, pero parece artificial por lo brillante y lo redondo. Cuando va á llover se le pone mustio, porque es muy sensible á las humedades, y D. Eulogio ya dice:

—No saben ustedes la suerte que tengo con este grano, porque es lo mismo que un barómetro, y los vecinos vienen á mi casa á consultar el estado del tiempo. Cuando quieren saber si va á haber agua, se meten en mi alcoba y me reconocen la nariz. Estoy tan acostumbrado á estas consultas, que ya no me molestan. Mi señora es la única que se incomoda cuando oye decir:—“¿Está D. Eulogio?”—Sí, pero está durmiendo.—No importa, voy á ver cómo tiene la nariz, y me retiro...

Los granos sencillos no alarman á nadie, y hay hasta quien los tiene con mucho gusto; pero la viruela ya es cosa que preocupa al paciente y le pone de mal humor.

Por eso se ha desarrollado el afán de la vacuna. Todo el que en algo se estima acude al centro de vacunación en clase de niño, y se deja pinchar los brazos con más ó menos valor.

—¡Ay! Me va á doler mucho.

—Vamos, D. Atilano, saque usted el bracito.

—¿Pero me va usted á pinchar con esa lanceta?

—No hay más remedio.

—¡Ay! Pupa... pupa...

—Ea, D. Atilano, no me haga usted perder la paciencia. ¿Le parece á usted bien que se eche á llorar de ese modo un contador del Tribunal de Cuentas del Reino?

—Es que me duele mucho.

—Vaya, ya me canso yo. Ó se deja usted pinchar por buenas, ó le doy á usted un par de azotes como para usted solo. ¿Cómo se entiende?

—¡Ji, ji, ji!

Y el respetable contador del Tribunal de Cuentas abandona el bracito en poder del doctor, que le pincha hasta seis ó siete veces para salvarle de la invasión variolosa, que está haciendo estragos entre la niñez.

La gente cuidadosa no tiene reparo en vacunarse, y aun ayer encontramos en la Puerta del Sol á D.^a Ramona, la viuda de un sangrador que se murió de viejo, y ella vendrá á tener de sesenta á ochenta y cinco años.

—¿Adónde va usted?—le dijimos.

—Voy á casa del doctor Balaguer—nos contestó.

—¿Á consultar eso del reuma?

—No, señor; á que me vacune directamente del ternero.

Hay quien teme á las viruelas por lo que estropean el rostro.

—Es una enfermedad terrible—nos decía un caballero feo rabioso, que no ha podido ser gobernador civil porque parece una comadreja.—Desde que hay epidemia no tengo un solo instante de tranquilidad.

—¿Teme usted morir?

—No, señor; temo desfigurarme.

En efecto, hemos conocido á un chico rubio, con patillas inglesas y cuatro lunares seguidos en la mejilla, que era la admiración de las señoras y la envidia de los caballeros.

Casi todas las tardes paseaba por la acera de la calle de Alcalá, arrullado por la brisa de los pinos, y contaba por docenas las conquistas amorosas.

—Eudoro, ¿qué misterioso amuleto posees para hermosearte de ese modo?—le preguntaban sus amigos.

—Todo esto es belleza natural—contestaba él orgullosamente.

Ayer le vimos en la calle de Sevilla, mustio, abatido, con los pantalones con rodilleras y la cinta del chaquet deshinchada. Alzó la cabeza para saludarnos y no pudimos menos de retroceder con sorpresa.

En vez de aquella cara de *biscuit* que había causado durante mucho tiempo la admiración del mundo femenino, tenía una especie de botijo lleno de surcos; en el sitio que antes había ocupado la nariz, aparecía un colgajo en forma de boquerón.

—¿Qué le ha pasado á usted, D. Eudoro?—le preguntamos cariñosamente.

Y él nos contestó poniendo los ojos en blanco:

—Yo estaba vacunado directamente de una tía, pero de nada me ha servido. Fui á comer de campo, y me pegó las viruelas uno de los convidados que tocaba la guitarra. Creí poder salvar el físico durmiendo durante el período de la escamación con la cabeza metida en una bolsa; pero todo fué inútil!

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

—Dudo entre suicidarme ó ver si me contrato como monstruo en una compañía de titiriteros.

Por eso se vacunan las personas de reflexión, porque no quieren perder sus encantos personales.

Ayer fuimos á visitar al Sr. de Humazo, respetable senador vitalicio, que fué joven con Espartero y ya no puede desempeñar cargos porque no le rige la imaginación.

—¿Está D. Eleuterio?—preguntamos.

—Sí, señor; pero no puede recibir—nos dijo el criado.

—¿Se ha puesto enfermo?

—Sí, señor; está con la vacuna el pobrecito.

LUIS TABOADA.

GRANOS

Mi señora doña Blanca Ruiz González de la Peña, es, á pesar de su nombre, una graciosa morena; con ese moreno pálido que hace á las lindas trigueñas ladronas de corazones en el llano y en la sierra. El cutis de aquella cara es fino como la seda y suave sin los auxilios de las perfumadas cremas.

Mas bajo la piel de Blanca vive, por fatal herencia, no sé qué arraigado vicio de la sangre de sus venas.

Y ella otros vicios no tiene, si por vicio no se cuenta el mostrarse algo cansada de su donceller honesta; cosa que en el trato humano á nadie causa extrañeza, y á la que Dios no se opone ni la Santa Madre Iglesia.

Pero como ella no es rica,
ni tiene título ella,
y de presfias de carácter
muy pocos hambres se prendan,

la Blanca de mis penados
sobre macha con las pecas
y granos y surpallidos
que el gracioso rostro afean.

Apenas con fuz alegre
asoma la primavera
y en los brotes de los árboles
anuncian flores las yemas,

la cara de mi Blanquita
es jardín donde se muestran
la tristeza en lo amarillo
y en lo rojo la vergüenza.

Aquella nariz tan mona,
que puede pasar por griega,
es un volcán que echa chispas
con la erupción indiscreta.

Y aunque un divino no rinde
de un poco amor la firmeza,
no hay novio que los aguante
cuando salen á docenas.....

Contra el fuego granado
busca Blanca su defensa
en pomadas de bismuto,
en el azeite, en la breca;

y al fin el volcán se apaga
cuando el sol de Agosto quema,
y llega el fin el otoño
y al fin el invierno llega;

y limpio por siete meses
el rostro que me enajena,
suelven á salir los pecos
hasta que los granos vuelvan.

Y así la mallemorada
se eterniza de docencia,
pues no durarán los novios
si no acaban las cosuchas.

EDUARDO BUSTILLO.

DESDE EL PUEBLO

Sinesio querido:
Ya estoy en el pueblo,
y tengo tal pena
metida en los huesos,
que si esto no cambia
y dura algún tiempo,
ya puedes, amigo,
contarme por muerto.
Maldigo á los vates
bucólico-serios
que ensalzan en cursis
airadas de versos
la vida del campo,
su dulce sosiego,
sus placidos goces.....
¡Valientes mastuerzos!

La tarde termina,
y allí en el atero
del sol se sepultan
los rayos de fuego,
susurra entre guijas
el manso arroyuelo,
las aves que pueblan
las ramas del huerto
atruchan el aire
con dulces gorjeos,
se queja la brisa
y se oye á lo lejos
de la alta campana
la lengua de hierro
lanzando su toque,
que suena á lamento.
¡Y hay hambres tan simples
que pierden el tiempo
mirando al ocaso
y oyendo gorjeos,
susurros, quejidos,
campanas, lamentos!.....
¡Valiente primada,
querido Sinesio!

No es esto la vida,
la vida no es esto,
que es algo más hondo,
más grave, más serio.

Tú lo has definido,
y en fáciles versos
que á muchos podrían
servir de modelo:
*La guerra continua,
los días tremendos,
las noches infernales,
las noches de estruendo.....*
en fin, *lo que pasa
detrás de los servicios.*

El aire del campo
será más higiénico
y aquí no es difícil
llegar á ser viejo;
mas yo no transijo,
morirme prefiero.
La vida es la lucha,
la muerte el sosiego,
y quiero, luchando
con todo mi esfuerzo,
que caiga en jirones
deshecho mi cuerpo.
Aquí, mientras vivo
parece que muero,
y allá, en la pelea
me mato viviendo.
¡Bien haya esa vida
de tristes desvelos,
de guerra continua,
de días tremendos,
de noches infernales,
de noches de estruendo!.....
y hasta de calma,
quietud y sosiego.
¡Mal haya esta vida
que embota los nervios,
que el alma adormece,
que atrofia el cerebro
y mata en el hombre
la savia y el fuego,
trociéndole en fardo
de carne y de huesos!
¡Mal haya mil veces
la vida del pueblo!

FERNANDO MANZANO.

PALIQUE

Por no hablar todos, ó casi todos los días de D.^a Emilia Pardo Bazán, dejo para más adelante el examen de su última novela, titulada *La Prueba*, digna de atención por lo malo y por lo bueno, por lo bueno sobre todo; y, sin más preámbulos, paso á decir que he recibido un ejemplar del precioso álbum publicado por escritores y artistas de Santander con el nombre *De Cantabria*.

El regionalismo, que *per se* es una cosa natural y excelente, siempre es peligroso en España, porque suele significar el salto atrás de la civilización y de la nacionalidad. Pero entre todos los regionalismos, el menos peligroso es el literario, y entre todos los regionalismos literarios, uno de los más inofensivos es el de la Montaña. Se trata de la Montaña..... de Castilla, del riñón del Reino, como quien dice. Cuando el regionalismo es literario y habla en castellano, y en tan buen castellano como el de Pereda y el de algunos de sus paisanos escritores, se puede decir que todo queda en casa. Temo yo los provincialismos de Valladolid,

Palencia, etc., etc., en materia de harinas, pero no en asuntos de vocablos; serían también de temer los montañeses si pidieran protección para..... sus amas de cría, pongo por ejemplo, pero no mientras su patriotismo abigarrado se reduce á alabarse, como es de justicia, los unos á los otros. En general bien lo merecen.

Publicaciones como *De Cantabria* no hacen mal á nadie y en cambio hacen bien á las letras, á las artes auxiliares del libro, y á todos los buenos santanderinos, que pueden ver en un solo volumen, de unas 300 páginas á dos columnas, una rica muestra del ingenio y la inspiración de su país.

Pero..... vamos despacio.

Yo no me comprometo á que me gusten todos los versos y todas las prosas, ni siquiera todos los dibujos del álbum *De Cantabria*; alabo la idea y el propósito del libro en general, y alabo en particular los artículos de Pereda y Menéndez Pelayo y algunos otros, pero no pongo la cabeza á cortar por las excelencias literarias de todos y cada uno de aquellos trabajos.

La composición en general merece elogios, pues han sabido sus directores dar relieve á las cosas y personas notables de su país. Lo que predomina es la semblanza *vivida*, la fotografía instantánea pudiera decirse, de los personajes más ó menos famosos de la *tierruca*, y la descripción de las *terrazas reguladas* que abundan por cierto en la provincia. Todos los santanderinos ilustres y todas las aguas minerales, fuentes de salud, figuran dignamente en el elegante volumen; pero he de advertir, con la franqueza que yo quisiera que me caracterizase, que, así como todos los baños no son Ontanedas y Besayas, no todos los literatos, pintores, obispos, etc., etc., naturales de *Cantabria* son Peredas y Menéndez Pelayos, etc. No, y yo creo que la justicia y hasta la estética exigen que las figuras de primera importancia ocupasen lugar de honor, y en fin, que se conociera más la diferencia que va de unos á otros. El genio, dijo Víctor Hugo, como todos sabemos, es la región de los iguales; pero no así el arte montañés. Esta igualdad *ante la provincia* es uno de los inconvenientes del regionalismo: por donde pasan los grandes quieren pasar los chicos, y eso no puede ser. El ser de Santander, ó de Oviedo, ó de Barcelona, ó de Sevilla no es una gracia; y el que es un hombre vulgar ó una adocenada medianía considerado como europeo, ó más concretamente, como español, no se convierte en un estuche porque se le mire desde la torre de su pueblo y en relación con el amor que tiene al país *que le vio nacer*.

Una de las cosas que más me irritan en esta materia de fama y méritos es la pretensión de muchos provincianos célebres que, con el pretexto de poner en las nubes á su tierra, embarcan de todo y se colocan modestamente en la categoría de sus paisanos ilustres de veras y conocidos por el mundo adelante. "No ha de ser la capital la que dé la gloria; no ha de vivir por fuerza en Madrid el ingenio," se dice. ¡No, señores! ¡Pero..... si no es eso! Pereda, Emilia Pardo, la Arenal, Oller y otros no viven en Madrid ni en Madrid se ha hecho exclusivamente su crédito; y sin embargo, su fama, en mayor ó menor grado, es general, no tiene nada que ver con los esfuerzos provincianos en pro de la gloria de sus conterráneos. Los que no somos de tal ó cual provincia que por igual alaba á sus hijos ilustres de verdad que á sus notabilidades de campanario, conocemos perfectamente dónde empieza y dónde acaba el artificio. Por lo común á los hombres verdaderamente notables el *hombro* de sus paisanos más les perjudica que otra cosa; ellos se ganan su gloria á pulso, Pereda y Menéndez Pelayo, de fama universal, no les deben ni un átomo de ella á sus amigos de Santander. Y perdónenme éstos, entre los cuales hay muchos muy simpáticos y discretos, este desahogo incidental, que no va con ellos directamente.

Esto del regionalismo y del provecho que sacan de él las medianías de pueblo, se presta á muchas consideraciones que yo pienso exponer en otra ocasión.

Ahora dejo el tema para felicitar especialmente á los señores Menéndez Pelayo (D. Enrique) y Pedro Sánchez (D. José Quintanilla), jóvenes de porvenir, poeta elegante y prosista conciso el primero, inteligencia clarísima y pluma correcta el segundo, ambos principales mantenedores de estas justas literarias en pro de los grandes méritos del ingenio cántabro.

Lo mejor del libro de que se trata, en lo que á las semblanzas se refiere, es la de Pereda, escrita por Enrique Menéndez con enérgica presteza, originales rasgos y ciertos ribetes de afectación que en un joven tienen su gracia particular, siendo como son, por lo que prometen para más adelante.

Catres, el artículo de Pereda, es una obra maestra de observación y relieve en pocas páginas; Menéndez Pelayo (Marcelino) nos da, con la gracia de quien hace jugando grandes cosas, un hermoso alarde de su erudición siempre discreta, recogida, intencionada; y con esto, y con añadir que hay en el libro artículos históricos interesantes y algunas poesías fáciles y correctas de Sierra, Enrique Menéndez y otros, concluyo y firmo.

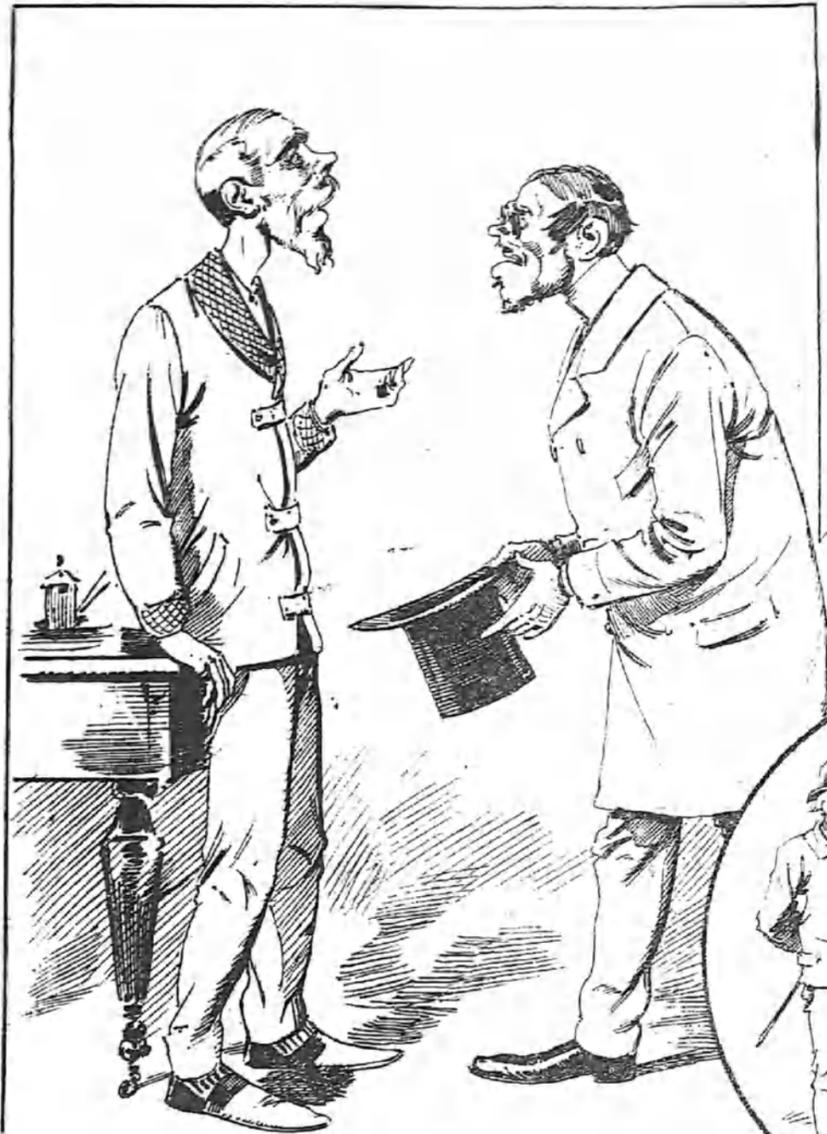
CLARÍN.

Á LUIS TABOADA

Mi querido compañero:
Perplejo quedé y confuso
al ver que en letras de molde
has dicho, que me rasera.

Ya ostento en mi negra barba
influencias de Saturno,
ó canas, como diría
otro que no hablase en raito.

EL VERBO VER



Veremos....



¡A verlas venir.



¡Lo que habrá visto!



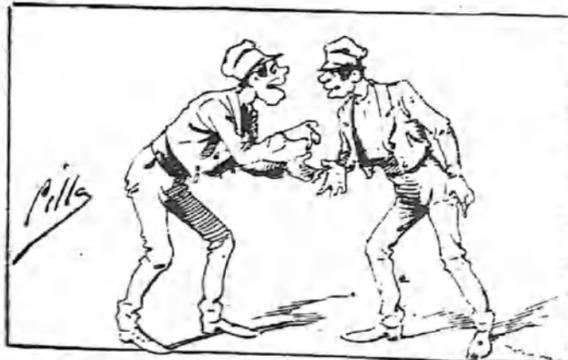
¡Qué veo!



¡Si viéramos, veríamos ó viésemos una peseta!



¡No queda más que ver!



¡Que no lo vean!



¡La he visto!



Vamos á verla.



¡No se ve nada!

Y aunque el ostentar yo canas
es anacrónico, aborrido,
me hacían interesante,
pudiste y tacharme.
Fue, pues, capricho de un día
lo que á afectarme me influyó,
porque echar canas al aire
es siempre cosa de gusto.
Sólo no cayó la moza
de la navaja al impulso,
que *admiró la obra* siempre
á todas nos cuesta mucho.
Y aunque ya me proponía
ser constante con mi busco
y asentarme en adelante
tan barbado y tan barbado,
porque quedas bien, me sigo
afaitando, que no es justo
que, al verme con barbas, crean
cogerte á tí en un renuncio.
Y es para mí ventajoso
que, aun no yendo muy al uso,
no sabes tú lo que ganó!
¿No sabes tú lo que ganó?
Me dicen los que me encuentran
que estoy hecho un mozo *crío*,
que me he quitado de encima
más metros que dos listos.

Y aunque en breve treinta y ocho
débiles ó marcos cumplo,
voy á plantarme en los treinta,
pues los ciertos *disimulo*.
¿No hay quien siempre *está en sus*
aferrado y testarudo?
Pues yo me estoy en mis treinta
y me encuentro tan á gusto.
Si el blasón yo de mezo
pensara que nieta alguno,
que me lo diga *en sus* *barbas*,
que no podrá, de seguro.
Hoy donde se paga á escote
yo de gorra me intruduzco
como es á tanto *por* *barbas*,
con no tenerla me *caso*.
Ponga su barba en remojo
mi vecino en los apuros,
que la mía se ha salvado
de esa amenaza del vulgo.
Por un médico estipendio
(de dos reales á lo sumo)
me he convertido en imberbe,
cuando era casi cético.
Conque á la puta me atengo,
pues tan buena *quita* *olvido*,
que mi barbero y yo estamos
que reventamos de júbilo.

JOSÉ ESTREMEKA.

AMOROSA

¿Tú no me quieres ya, pimpollo mío!
Lo leo en tu mirada,
que revela el cansancio y el hastío
y en mí se fija sin decirme nada.
Si esas frases de amor con que procuras
tal vez salir del paso
vinieras á decirme las á oscuras
(que no caerá esa breva... por si acaso),
me engañarían, si pretendes eso,
y me sabrían ¡ay! á míel con queso.
Pero viéndote yo cómo me miras
indiferente, sin placer ni pena,
no puedo ser, morena,
que tome por verdades las mentiras.
Porque pueden los labios
jurar amores, relatar agravios,
quejarse de amarguras,
decir palabras de entusiasmo loco
y hasta besar con fuego si me apuras....
(otra brevita que no cae tampoco)
todo puede ayudarte
á lograr que yo crea que me quieres,
que en tan difícil arte
todo sirve de ayuda á las mujeres....
¡Pero los ojos no! Muy poderosa
tendrás la voluntad, mas es niña
querer que brille amor en tu mirada
si piensas entretanto en otra cosa.
Y siendo como son grandes y bellos
tus ojos, te han vendido, vida mía:
¡mandas en toda tú, menos en ellos!
¿Y yo puedo leer en sus destellos
un poema de embustes cada día.
Pero eso no te importe ni te alarme,
y sigue en tu tarea de engañarme.
Si todas fuerais santas
y constantes y fieles.... ¡vaya un paso!
¿V qué puede ser ello en este caso?
¿Otra ilusión que cae? ¡Cayeron tantas!

Advertencia inocente:
Más vale que yo dude que me quieras,
porque probablemente
no te querría yo si me quisieras....
¡Así somos los hombres! ¡Mala gente!

SINESIO DELHADO.

BIOGRAFÍAS

Clase admiración el ver cómo se vulgarizan las cosas en
nuestros días.

¿Se acuerdan ustedes de cuando el uso del reloj de bolsillo
estaba reservado á las personas que gozaban de comodidad, á
la gente de lujo?

Entonces el reloj que menos costaba de 20 á 25 duros en adelante.
Hoy por 5 pesetas hay relojes que señalan la hora, el
día y mes en que se vive, si la luna está en una pieza ó en cuar-
tos, y hasta la cotización de la Bolsa. ¡Mire usted que es
aguntar!

Pues una cosa parecida ha ocurrido con las biografías.

Hace algunos años, los periódicos literarios, y aun los que
tenían poco ó nada de tal condición, nos daban á leer la vida y
milagros de los que realmente habían hecho alguno; por su-
puesto, milagros á la moderna. ¡Nada de andar á pies por enci-
ma de las olas, ni cosa parecida!

Lo de contarnos la biografía de algunos personajes resultaba
entonces cosa interesante, porque había sujetos que excitaban
nuestra curiosidad y no era empresa fácil la de hacerse con un
retrato del personaje, y menos aún la de indagar qué había es-
tado haciendo hasta aquel momento en que había llamado la
atención pública.

Leía uno, por ejemplo, en *La Iberia* el año 1860 las proezas
de Garibaldi, y se le ocurría preguntar:

—¡Hombre! Garibaldi.... Garibaldi.... ¿Quién será este chico?
Y no faltaba una *Ilustración popular* ó un *Semanario literario*
que salían diciendo:

«Garibaldi, á quien de apodo llaman sus paisanos Glussepé,
echando á perder su verdadero nombre, que es José, ó más fami-
liarmente Pepe, nació en.... etc...»

Y luego pintaban al interesado *deguise* en blusa, con un pa-
ñuelo de hierbas al cuello y un sombrero calañés echado á un
lado, y se quedaba uno tan satisfecho.

Igual curiosidad inspiraba Espartero y Sixto Cámara y (con
perdón por la mezcla) el cura Marino y Candelas. Es decir, que
todo hombre que sobresalía de la multitud por su valor ó su
arresto ó por otra causa, todos los que tenían algo de aureola, ex-
citaban la curiosidad de las gentes, y muchos que tenían méritos
reales, aunque no *mejían bulla*, pasaban desapercibidos, entre
ellos no pocos literatos y artistas de mérito.

Pero hoy, ¿qué extremo hemos llegado en materias biográ-
ficas! Hay para volverse loco.

¡O aquí todo son notabilidades, ó el afán de meterse en vidas
ajenas se ha desarrollado de una manera escandalosa.

No hay Pérez, ni Fernández, ni López que no salga á la vía
pública biografiado, comentado, ensalzado, glorificado en vida.

¿Cómo podremos decir á esos biógrafos impenitentes que los
lances de la vida de tales López y Fernández y Pérez nos son
perfectamente indiferentes?

Yo no sé qué se propondrán los que nos sacan á diario un su-
jeto del arco del olvido para decirnos:

«Este que ustedes ven, nació tal día de tal mes de tal año
(¡Bueno! ¿Y qué?), estudió primeras letras con el domine de su
pueblo (¡Corriente! ¿Y qué?), pasó luego á la capital de la pro-
vincia y se matriculó en el seminario (¡Adelante! ¿Y qué más?),
estudió latín, dibujo, algo de francés que ya ha dado al olvido,
las cuatro reglas y nociones de heráldica (¡Bien! ¡bien! ¿Qué
más?), se examinó, le aprobaron, tomó el grado bachiller tal año,
el de licenciado tal otro, el de doctor al año siguiente....»

Pero, señores, ¿qué tiene todo eso de particular? ¿Cuántos mo-
zos de café no pueden alegar análogos títulos?...

Porque eso de decir que las gentes han estudiado nada tiene
de notable. El estudio es cosa razonable y conveniente y útil, y
no estudiar viene á ser lo mismo que no lavarse la cara ó no cor-
tarse las uñas.

Pues no señor, de cada uno de los que han salido bien en los
exámenes (y muchos de ellos sin que hayan sabido después apro-
vechar tales ventajas) es preciso que nos traguemos á diario las
inocentes peripecias de una vida vulgarísima, gracias al moder-
no furor de las biografías de contemporáneos.

Acaba usted de leer una de las biografías y se queda usted di-
ciendo:

«¡Bueno! Ya estoy enterado. Este sujeto, que ha ido á la escue-
la y al seminario y á la universidad, es Juan Fernández. Ahora
bien, ¿quién de ustedes me quiere decir por caridad para qué
sirve en el mundo este Juan Fernández?»

Yo comprendo que se hubiera acordado un poco la talla para
las notabilidades, porque las cosas han abaratado algo desde que
hay gabanes de *chiriot* á cuatro duros y sortijas con brillantes á
cuarenta reales; pero por Dios, señores, no tanto! porque resulta
que el hombre que se dedica á leer tras ó cuatro periódicos dia-
rios, al cabo de un mes se ha leído ciento ó ciento cincuenta bio-
grafías, que hacen al año unos cuarenta mil sujetos y.... ¡gracias
á que, apenas lee uno lo que han hecho los tales, lo olvida, que
sí no!...

Pero vuelvo á mi manía: ¿qué necesidad tiene uno de enterar-
se de lo que no le importa?

Porque ¡claro está! una vez abierta la puerta para que pasen
los genios tras de las notabilidades, pasan los que lo son á medias,
quieren tras de estos colarse otros que no lo son ni están en cami-
no de serlo, y ha sido ya tal el empujón, que han roto los goznes,
las puertas han venido al suelo, y ya andan paseándose por los
pasillos del templo de la fama sangradores ignorados, racionis-
tas de teatro que no saben hablar, coristas sin contrata, pintores
de puertas y ventanas, toreros de aldea, sacristanes de parroquia,
alcaldes de juzgado, sargentos y cabos del ejército.... en fin,
que no hay más que poner unas puertas en Cádiz y otras en los
Pirineos, y de puertas adentro declararnos todos sujetos fa-
mosos.

Lo malo es que esto de abaratar el mérito no puede conducir
á nada bueno.

Coge uno la colección de un año de un periódico, y al ver tanto
fulano y tanto Mengano elevado á celebridad, se le ocurre á uno
exclamar:

—¿Y no da mala vergüenza que yo viva rodeado de tanta gente notable?

Y hay quien tras de esa consideración se va al estanque del Retiro y se tira de cabeza, dejando al juez cuatro letras escritas con lápiz diciendo:

«¿Qué hago yo aquí? ¡Nada! ¡Pues me mato!»

M. MATOSES.

LA MEDALLA

Entonces la estatua dijo con fuerte y segura voz:
—¡Ah, pobrecita medalla!
—¿Por qué pobrecita yo?
—Hace tiempo permaneces olvidada en un rincón, mientras yo serena y alta levanto mi frente al sol. Los hombres cuando me miran miran con admiración, y hasta levantan el rostro sólo por verme mejor. Ellos pasan, y yo quedo sin cambio en mi condición, representando la imagen de aquel hombre superior de quien me hicieron estatua que su nombre eternizó....
—¿Sigue, medallita, sigue olvidada en tu rincón, mientras yo serena y alta levanto mi frente al sol!
—¿Si eres mármol, yo soy oro! (la medalla replicó).

No en un rincón me dejaron, echárame al interior de la tierra, y seguiría sin ninguna mutación; no los echas de altanera, ni me juzgas tu inferior, y piensas en que cualquier día viene una revolución, y asaltan este palacio sólo por verte mejor, y un bárbaro te derriba y ya... ¡para siempre adiós! Y yo en tanto permanezco olvidada en mi rincón; o si me echan tierra encima, con tierra encima me estoy ¡hasta que me desentierren y averigüen quién soy yo!

Quise escucharlas más tiempo, pero callaron los dos....
—¿Dadme la medalla de oro!
—¡No hay una estatua mejor!

RICARDO J. CATARINEU.



El Destructor es uno de los sujetos que han recibido mayores elogios de los revisteros de salones, que entienden de marina y de otras muchas cosas lo que yo de cazar tigres.

¡Qué ligereza! ¡Qué solidez! ¡Qué precisión en los movimientos!

Pues bien, ahora ha resultado que en cuanto el mar se pica un poco, al Destructor se le rompen las cosas, y tiene que andar haciendo un triste papel por esas radas.

¡Digo á ustedes que para un combate naval venía que ni pintado! ¡Pero se llama Destructor! ¡De qué? De sí mismo.

El *Hautonimoromano*, como si dijéramos.

El día de mi bautizo debiste de estar presente. No lo digo por la sal, sino por la edad que tienes.

Un beso por la mañana y otro beso por la tarde. ¡Jesús, qué noche tan larga!

JOSÉ BRISSA.

Un corresponsal da cuenta de la velada celebrada en Bilbao en honor de Núñez de Arce, y después de decir que se leyeron varias composiciones del libro *Gritos del combate*, añade:

«El Sr. Delmas leyó de un modo inusitado *Un idilio*»

¿De un modo inusitado?

¡Caramba! ¿Pues cómo lo leyó el Sr. Delmas? ¡Empezando por el final!

—¿Te acuerdas de aquellos días en que jurabas, Matías, eterno amor?

—¿Cómo no? ¡Cuando creías que yo creía que me creías!

¿Ustedes saben en lo que consiste el celebre chanchullo de la Universidad de Sevilla?

Pues consiste en que ha desaparecido la renta correspondiente á unas cuantas acciones del Banco legadas no sé por quién.

Y dice ayer una carta que publica *La Correspondencia*:

«La cuestión de la Universidad ha perdido ya todo su interés.»

Lo cual es un *lapsus*. Porque lo que habrá querido decir, sin duda, es lo siguiente:

«La Universidad ha perdido ya todos sus intereses.»

—¿Qué cosa es amor platónico?

—Es un pescado sin salsa.

¡Figúrate la merluza cocida sólo con agua!

Hemos recibido el libro *Acuarelas*, colección de artículos y novelitas cortas de D. E. Sánchez de Fuentes y Peláez, notable literato cubano, á quien damos las gracias.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Trasposición.—Puedo aprovechar un par de cantares. ¿Quiere usted armarlos?

Max.—Esos... los podía aprovechar todos, porque son viejos y populárisimos. Ahora, el que los firme usted ya me parece demasiada broma.

Sr. D. L. C.—Madrid.—Huya usted *per incula aculeorum* de las asonancias y del estilo pedestre.

Vip.—El caso es que usted acabaría por versificar bien si no se diera tanta prisa.

Sr. D. A. P.—Madrid.—¿Qué gastado está eso! ¡Si viera usted!

C. C. O.—Digo á usted lo mismo que á *Vip*, sin quitar ni poner una coma.

Sr. D. J. F. de la R.—Barcelona.—Juro á usted, con la mano sobre la cruz de la espada, que prefiero que se quede ahí todo. ¿Querrá usted creer que no han llegado los dos números de marras? Deben de ser preciosos... porque los roban siempre.

Un amigo.—Sinceramente le agradezco su carta y... estoy á la recíproca.

Cherrio.—Muy mediano todo. ¿Se ofenderá usted si le digo que el verbo *ostentar* no se escribe con h?

Ciruelita.—Eso se lo lee uno en la mesa del café á cuatro amigos y se mueren de risa. Contando, por supuesto, con que los amigos se rían de las bobadas.

Roquefort.—Y eso también.

Fray Melón.—¿No han querido publicarlo en *La Semana*? Pues yo no puedo dejar mal á *La Semana*.

Un lector.—No habrá usted leído mucho cuando no sabe que uso de los *inglés* está mandado retirar.

El mismo.—Ya se ve que es usted el mismo, porque esa composición se parece á la anterior, en lo mala, como una castaña á otra.

Sir Wen.—Lo mejor es *ojo por ojo*, pero ese final, sobre ser sobrado conocido, me parece algo fuerte. Mande usted siempre lo que quiera.

Corazón.—No tiene gracia nada de eso.

Sr. D. L. C.—Palencia.—Los epigramas tienen poco saliente, y la composición es bastante atrevida... contra la policía. No le choque dejar de recibir contestación alguna vez, ¡porque hay tantas cartas!

Sr. D. M. O.—Parece broma, pero cuando los versos no están bien medidos, no resultan versos.

Titi.—Bastante vulgares, el último sobre todo.

Sr. D. S. F.—Santander.—Hombre, me parece que trata usted de faltar al respeto á esa señorita.

Doña Jesusa.—Gracias por el bombo y... ¡malhaya la versificación!

Sr. D. A. L.—Madrid.—¡Ira de Dios! ¡Esas cosas no se dicen tan en crudo!

Sr. D. M. P.—¡Vaya! Otra composición copiada del almanaque. ¡Nuestro Señor Jesucristo le conserve á usted la alegría!

Vimbodí.—¡Viva la gracia! ¿Cómo voy á saber yo si me gustan unas quintillas que no he leído?

Incógnito.—Por la muestra nada digo, porque además de hacer versos se necesita otra cosa: ¡hay que meter algo dentro!



VARIACIONES



—El sistema métrico decimal será infalible, pero yo sé que el kilo de carne tiene tantos gramos como quiere que tenga el teniente alcaide del distrito.

Est. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2160.

DESAPACHA TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINEGIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFIADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALIÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven bajo certificado, á vuelta de correo.